

HASHIMU. A TREINTA AÑOS
DE LA MASACRE
colectiva

carol cazares defaz [caracas]
pebio gonzález silva [hashimu]
sheroanawe hakihiiwe [sheroana]
ana maría mazzei [caracas]
oscar noya [caracas]
javier puunawe [dayateri]
luis romero [caracas]
nelly sheimi [kaomawe]
lucía vera [caracas]
deya yakirahiwe [mahekototeri]

LA MASACRE DE HASHIMU¹

bruce albert

La versión original de este texto data de 1993, cuando los contactos de los yanomamis de las tierras altas con los blancos eran todavía muy recientes. Fue escrito a raíz de la investigación oficial llevada a cabo en Brasil sobre la masacre de dieciséis yanomamis a manos de buscadores de oro en la región del alto Orinoco (Venezuela). Participé en esta investigación con Davi Kopenawa como intérprete y asesor antropológico de la policía federal y de los servicios de la Procuradoria Geral da República de Brasil. Este testimonio tiene por tanto como fuentes directas el relato de los sobrevivientes, los interrogatorios de los buscadores de oro y el informe de los médicos forenses. Fue publicado en Brasil en el diario *Folha de São Paulo* el 3 de octubre de 1993 con el título «Antropólogo revela os detalhes da chacina dos Índios Ianomâmis», y en Venezuela en el diario *El Nacional* los días 10 y 11 de octubre de 1993.

La trampa de los buscadores de oro

Los buscadores de oro (*garimpeiros*) suelen infiltrarse en el territorio yanomami en pequeños grupos. Poco numerosos y aislados en la selva, temen a los indígenas y, en cuanto se encuentran con ellos, intentan comprar su amistad ofreciéndoles abundante comida y objetos manufacturados. Los yanomamis, que a menudo tienen poca o ninguna experiencia con los blancos, toman estas muestras de generosidad como un intento, esperado por parte de unos desconocidos, de establecer relaciones de alianza (*rimimuu*). En el momento en que se produce este malentendido, todavía no son conscientes del impacto ecológico y sanitario de las actividades del lavado de oro. El trabajo de los buscadores de oro les parece más bien enigmático y de pocas consecuencias. Son solo unos extraños

«comedores de tierra», a los que comparan condescendentemente con los pecaríes que escarban en el fangoso suelo de la selva.

Entonces los *garimpeiros*, que se han ganado la confianza de los indígenas debido a sus buenas relaciones con ellos, se hacen cada día más numerosos, y les va pareciendo cada vez menos necesario ser generosos. Los yanomamis, aparentemente «pacificados» por los regalos a los que se habían acostumbrado, ya no parecen constituir una amenaza. Se han convertido, a la larga, en meros visitantes no deseados cuyas incesantes demandas acaban exasperando. Los buscadores de oro, cada vez más irritados por su presencia, comienzan a repelerlos con falsas promesas, gestos de impaciencia e incluso amenazas.

Llegados a este punto, los indígenas empiezan a sentir los efectos de la intensificación de las actividades de lavado de oro en la selva. Los ríos están contaminados, la caza escasea, las enfermedades infecciosas se extienden y paralizan las labores agrícolas. El paludismo se ha hecho endémico y la neumonía que acompaña a las incesantes epidemias de gripe empieza a diezmar la población de las comunidades cercanas a las minas de oro. La ropa, las herramientas, las municiones y los alimentos solicitados a los buscadores de oro son consideradas cada vez más una compensación esencial por los daños causados por su intrusión. Sus reiteradas negativas constituyen, por consiguiente, una súbita e incomprensible demostración de hostilidad.

El callejón sin salida es total. Los yanomamis han pasado a depender de una economía que gira en torno a los yacimientos auríferos justo cuando ya no es necesario que los *garimpeiros* compren la paz indígena. Este dilema está en el origen de la mayoría de los conflictos que se han producido desde la década de 1980 entre los yanomamis y los buscadores de oro. Una vez tendida la trampa, el más mínimo incidente de trueque puede desembocar en violencia abierta. La disparidad de fuerza y armamento entre blancos e indígenas hará que estos últimos sean siempre las principales víctimas.

La actividad depredadora de los *garimpeiros* excluye, a largo plazo, cualquier convivencia con las comunidades indígenas en cuyo territorio

se instalan, sobre todo cuando estas tienen poca experiencia de contacto. La moderna minería aurífera ilegal en la Amazonia brasileña, muy mecanizada y con una fuerza laboral tan inagotable como motivada, no suele tener interés en la mano de obra indígena. De este modo, los buscadores de oro consideran a los yanomamis, en el mejor de los casos, una molestia y, en el peor, una amenaza. Si los indígenas no mueren de malaria o de neumonía, si no se les puede mantener a raya con regalos y promesas, no queda más remedio que intentar intimidarlos o, si eso no funciona, exterminarlos.

Asesinatos en el alto Orinoco

A mediados de 1993, las relaciones entre los buscadores de oro brasileños del alto Orinoco (Venezuela) y los yanomamis que viven en uno de sus pequeños afluentes, el río del Tinamú mayor (*H^waxima u*), se encontraban en su momento más tenso. Después de más de un año, las visitas de los indígenas a los campamentos de los *garimpeiros* siguen siendo tan frecuentes como siempre y las demandas de productos manufacturados y alimentos son cada vez más insistentes. Durante uno de estos encuentros, dos propietarios de un yacimiento minero prometieron hamacas y ropa a uno de los líderes indígenas para deshacerse de él. Pero esta promesa, como muchas otras, no se cumplió. Algún tiempo después, hartos de las mentiras de los blancos, el joven líder, acompañado de sus cuñados, acude a reclamar lo que consideraba que le correspondía al barracón donde está instalado uno de los dos jefes del yacimiento, pero el hombre no está. Se produce una violenta discusión con uno de sus empleados, que intenta echar a los yanomamis. Estos le hacen huir con un disparo de escopeta de caza y, furiosos, comienzan a cortar las hamacas de los buscadores de oro con un cuchillo, tiran sus mantas y su radio a la selva y se apoderan de sus ollas. Luego regresan a su casa colectiva.

En un conflicto anterior, temiendo por su seguridad, los *garimpeiros* ya habían recuperado por la fuerza algunas de las escopetas de caza que en su día regalaron imprudentemente a los yanomamis. Tras este

último incidente, decidieron utilizar el terror para disuadir a los indígenas de mostrarse tan atrevidos y matar, pues, para dar ejemplo, a los que vinieran a molestarles de nuevo. Como resultado de esta decisión de los jefes buscadores de oro, los acontecimientos que condujeron a la masacre de los habitantes de *H^waxima u* se precipitaron.

El 15 de junio, un grupo de seis jóvenes yanomamis llegó de nuevo a uno de los barracones del *garimpo* para pedir comida y ropa, dispuestos, si se presentaba la oportunidad, a intentar recuperar las escopetas que les habían quitado, como habían sugerido sus mayores. Al final solo les dan, a regañadientes, un poco de harina de yuca y un papel con un mensaje dirigido a los buscadores de oro de otro campamento situado río arriba, prometiéndoles que allí recibirían lo que pedían. Los desprevenidos indígenas se dirigen al barracón indicado, donde un grupo de *garimpeiros* está jugando al dominó. Allí los recibe una cantinera que lee el mensaje: «¡Diviértanse con estos idiotas!», e inmediatamente lo arroja al fuego de su cocina. Luego les da un poco de azúcar, arroz y pantalones cortos antes de enviarlos a casa. Advertidos y alentados por la cocinera, los buscadores de oro se preparan, como habían planeado, para asesinar a los jóvenes en cuanto les den la espalda. Pero, finalmente, temiendo que otros indígenas puedan estar al acecho en las cercanías, posponen su plan y deciden matarlos un poco más tarde, en el camino que tomarán para llegar a su aldea.

A menos de una hora del campamento de los buscadores de oro, los yanomamis se detienen en la selva para comer algunas de las provisiones que acaban de conseguir. De repente, seis *garimpeiros* armados con escopetas de caza aparecen a su lado. Les invitan a unirse a ellos para una cacería antes de visitar un barracón cercano. Los jóvenes, sorprendidos por esta inoportuna invitación, se niegan. Sin embargo, ante la insistencia aparentemente amistosa de estos blancos, finalmente se dejan convencer. Se ponen así en camino, en una fila en la que se intercalan con los buscadores de oro.

Al cabo de un rato, uno de los cazadores yanomamis que cierra la comitiva abandona el grupo y el sendero para defecar. Siendo el único

indígena con un rifle, deja su arma a uno de sus compañeros y, antes de adentrarse en la maleza cercana, aconseja a los demás que no le esperen. A pesar de ello, los buscadores de oro se detienen en el camino alrededor de los jóvenes que están en cuclillas y permanecen en silencio durante mucho tiempo. Entonces, de repente, uno de los garimpeiros inmoviliza el brazo del yanomami que sostiene el arma y le dispara a bocajarro en el abdomen con una escopeta recortada. Otros tres cazadores son asesinados inmediatamente después. Uno de ellos, con las manos sobre la cara, suplica: «¡Buscador de oro, amigo!». Es ejecutado en el acto con un disparo de fusil en el cráneo. Los otros dos son liquidados cuando intentan escapar.

Alertado por las detonaciones, el joven yanomami que se había adentrado en la selva se tira al alto Orinoco y consigue escapar. El adolescente que había tomado la delantera en la fila de cazadores es atacado por tres mineros que le disparan con escopetas uno tras otro, como si estuvieran haciendo ejercicios de tiro. Gracias a su agilidad y a la maraña de vegetación, logra esquivar las dos primeras descargas. La tercera, sin embargo, le da en el flanco derecho. Los asesinos se apresuran a recargar sus armas para acabar con él. Aprovecha de escapar y se lanza al río. En estado de *shock*, se esconde en la orilla, manteniendo solo la parte superior de la cabeza por encima del agua. Desde su escondite, ve cómo los buscadores de oro entierran los cuerpos de tres de sus compañeros asesinados en el camino. Uno de los garimpeiros, buscando el cuarto cuerpo, baja a la orilla del río y de repente ve su cara. Inmediatamente corre hacia su arma, y en ese intervalo el joven herido consigue huir de su perseguidor. En estado de gravedad, necesitará varios días para volver a su casa junto al río *H^oaxima u*.

Mientras tanto, el otro superviviente ya ha llegado a casa de los suyos con la noticia del ataque de los buscadores de oro. Rápidamente se pone en marcha de nuevo con un grupo de familiares de las víctimas en busca de los cuerpos de sus compañeros asesinados. En el camino, se encuentran con el adolescente herido que les relata su huida y el episodio del entierro de los cadáveres (una profanación intolerable para los yanomamis). Llegan finalmente a la escena del crimen y consiguen exhumar tres cuerpos. No es posible encontrar el cuarto: alcanzado

mortalmente mientras huía, y queriendo refugiarse él también en el río, debió ahogarse y ser arrastrado por la fuerza de la corriente. Los tres cadáveres exhumados son trasladados a cierta distancia de la selva para ser incinerados. Tras la incineración, los familiares de las víctimas recogen cuidadosamente los huesos calcinados y los colocan en cestas antes de regresar a su pueblo.

En los días siguientes, organizan una cacería colectiva para reunir la caza que se ofrecerá a los invitados al rito de preparación de las cenizas funerarias. Los fragmentos de huesos carbonizados se trituran y su polvo se guarda en calabazas selladas con un tapón de cera de abeja. Una vez terminada la caza, al cabo de una semana o diez días, se envían emisarios para invitar a la ceremonia a tres comunidades aliadas vecinas: *Hoomoxi*, *Makayu* y *Thoumahi*. A continuación, una vez preparadas las calabazas cinerarias, un grupo de guerreros, formado por gente de *H^waxima u* y aliados, parte, como es costumbre, para vengar a los muertos que acaban de ser homenajeados. Los objetivos primordiales de estas incursiones de los yanomamis son los varones responsables de los homicidios que hay que vengar. Las mujeres y los niños de una comunidad enemiga nunca constituyen un objetivo.

El 26 de julio, tras dos días de marcha, los guerreros yanomamis acampan durante la noche en la selva, escondidos no muy lejos del lugar donde se encuentran los asentamientos de los buscadores de oro del alto Orinoco. A la mañana siguiente, bajo una lluvia torrencial, consiguen acercarse al cobertizo que hace las veces de cocina de uno de los barracones de los blancos. Dos de ellos están charlando junto al fuego. Uno de los yanomamis que se esconde detrás de un árbol dispara su escopeta contra uno de los dos hombres. Impactado en la cabeza, se desploma al suelo y muere al instante. El otro es herido en la espalda por una segunda descarga mientras huye. Los guerreros se reúnen entonces en el lugar donde yace el cadáver del primer *garimpeiro*. Completan su venganza acribillándolo con flechas y abriéndole el cráneo con un hacha. Luego se llevan todo lo que pueden encontrar en el barracón desierto, en particular una escopeta y cartuchos.

Los preparativos de la masacre

Esta incursión de venganza de los yanomamis enfurece por completo a los buscadores de oro. Entierran el cadáver de su compañero en el cobertizo-cocina de su barracón, que abandonan inmediatamente. Después recogen al herido escondido en la selva y lo trasladan a una pista de aterrizaje situada a dos días de distancia. Comienzan entonces a planear su venganza, que llevará la violencia a un nuevo nivel en su escalada y acabará por desembocar en el horror absoluto. Se celebran dos reuniones sucesivas, en las que se reúnen hombres de todos los lugares de la región. Se decide poner fin a los conflictos con los yanomamis mediante el terror y se plantea por primera vez la idea de exterminar a la comunidad *H^waxima u*. Se reclutan voluntarios a nivel local y se recogen armas y municiones (200 cartuchos de escopeta, algunas cajas de balas de revólver).

Toda la operación es apadrinada, si no patrocinada, por los cuatro principales empresarios de la minería del oro de la región, todos ellos muy conocidos en Boa Vista, la capital del estado de Roraima. Estos jefes de los buscadores de oro dieron a sus trabajadores unas vacaciones y les proporcionaron armas y municiones. En sus barracones tuvieron lugar las reuniones de los homicidas y todos los preparativos de la expedición. Quince *garimpeiros* con escopetas (calibre 12 y 20), revólveres (calibre 38), machetes y cuchillos, se ponen en camino para llevar a cabo su proyecto de exterminio. Varios de ellos participarán directamente en la ya inminente masacre. Cuatro asesinos profesionales (*pistoleiros*), contratados como guardaespaldas por los jefes de los mineros del oro, lideran la siniestra tropa.

Los habitantes de *H^waxima u* llevan varios días acampando en la selva, a buena distancia de sus dos casas colectivas, para protegerse, tras la incursión de sus guerreros, de un contraataque de los buscadores de oro. Sin embargo, ante la inminente invitación de sus aliados de *Makayu* a una fiesta, el grupo decide volver sobre sus pasos para acercarse a sus viviendas. Pasan primero una noche en el asentamiento antes de reanudar su viaje a la mañana siguiente a uno de sus antiguos conucos, situado entre *H^waxima u* y *Makayu*. Allí vivaquean en un amplio

campamento en la selva y luego esperan, como es costumbre, a los emisarios de sus futuros anfitriones.

Tres jóvenes guerreros, insatisfechos con el resultado de su reciente incursión, deciden repentinamente volver solos para atacar a otra cuadrilla de buscadores de oro. El hombre a la cabeza del grupo tiene buenas razones para perseguir su venganza. El cadáver de su hermano menor, asesinado y arrastrado por las aguas del río Orinoco, no será encontrado nunca. La rabia y el dolor de su pena no pudieron ser aplacados por los ritos funerarios adecuados. Así que los tres se ponen en marcha, con la rabia en el pecho. Tras dos días de marcha, llegan cerca del asentamiento de los *garimpeiros*. Protegidos por la vegetación y por el ruido de las motobombas, consiguen sorprender a uno de ellos en plena faena. El hombre solo se da cuenta de su presencia cuando ya uno de los yanomamis le está apuntando, pero su arma se atasca. Otro guerrero corre al lado de su compañero y dispara en su lugar. El buscador de oro se protege la cara con los antebrazos y consigue escapar, herido de levedad. Los tres indígenas huyen inmediatamente y se unen a su grupo.

Mientras se producía esta incursión improvisada, la columna de quince *garimpeiros* armados decididos a exterminar a la comunidad yanomami ya se había puesto en marcha para llevar a cabo su terrible plan. Los tres jóvenes guerreros regresan al campamento de la selva del que habían partido, dando largos rodeos fuera de los senderos marcados. No detectan por tanto el avance de los buscadores de oro, aunque estos son muchos y llegan finalmente al río *H^waxima u* en la mañana de su tercer día de marcha. Las dos grandes casas colectivas yanomamis están vacías. Los *garimpeiros* terminan por descubrir el camino que conduce hasta el antiguo conuco donde vivaquean sus habitantes. Lo siguen, rastreando al grupo al que quieren exterminar.

El día anterior, los emisarios de *Makayu* habían llegado al campamento en la selva de los habitantes de *H^waxima u*. Estos últimos, en alerta tras el regreso de los tres jóvenes, decidieron interrumpir su participación en la celebración de sus aliados. Se acordó que solo los hombres adultos sanos acompañarían a los mensajeros de *Makayu* para la fiesta. Las mujeres,

los niños y los ancianos se quedaron con la intención de no retrasar a los expedicionarios. Estos pensaban que volverían muy pronto y, según el código de guerra yanomami, imaginaban que los blancos solo querían vengarse de los guerreros de la comunidad.

La masacre del río del Tinamú mayor

A la mañana siguiente, las mujeres, acompañadas de sus hijos y de un anciano, salen a recoger frutos silvestres a cierta distancia del antiguo conuco. A mediodía solo quedan diecinueve personas en el campamento. La mayoría se tumba en sus hamacas, incluidos los tres jóvenes que, tras su incursión, siguen un ritual de reclusión. Los niños juegan entre los refugios, algunas mujeres cortan leña. El ambiente es tranquilo. Sin embargo, los buscadores de oro ya están entrando en el antiguo conuco y emboscándose a lo largo de un lado del campamento. De repente, uno de ellos abre fuego contra sus ocupantes. Los quince hombres comenzaron entonces a disparar de manera simultánea y continua, con escopetas y revólveres, aproximándose a sus víctimas.

Los tres jóvenes, un anciano, una mujer y tres niñas (de seis, siete y diez años) consiguen escapar de este infierno gracias a la compleja disposición de los refugios y a la enmarañada vegetación de la selva alrededor. Dos de las niñas y uno de los jóvenes guerreros han sido heridos con perdigones en la cara, el cuello, los brazos y los costados. La niña de diez años fue alcanzada gravemente en el cráneo por una bala de revólver. Morirá poco después a causa de la herida. Desde sus escondites, los fugitivos oyen los gritos de terror de sus familiares, cubiertos por la metralla que sigue cayendo sobre el campamento. Después de largos minutos, las detonaciones cesan. Entonces los buscadores de oro, sin piedad alguna, empiezan a rematar a sus víctimas con machetes y cuchillos. Masacran a los heridos que no han podido huir y a varios niños que no habían sido alcanzados por los disparos.

Doce yanomamis fueron brutalmente asesinados: dos mujeres y un anciano, una joven de veinte años que había venido de visita desde

Hoomoxi, tres adolescentes, dos bebés de sexo femenino (de uno y tres años) y tres niños de entre seis y ocho años. Varios de los niños ya eran huérfanos de padres que murieron de la malaria propagada por los buscadores de oro. La joven de *Hoomoxi* fue alcanzada primero por un disparo de escopeta a unos diez metros de distancia, y luego por uno de revólver a menos de dos metros. Una de las ancianas, ciega, fue muerta a patadas. Un bebé, tumbado en una hamaca, fue envuelto en un trozo de tela y asesinado a puñaladas.

Al darse cuenta de que solo habían masacrado a una parte del grupo y decididos a aterrorizar a los supervivientes, los buscadores de oro mutilan o desmiembran los cadáveres de sus víctimas. Se apoderan de las armas que encuentran en el campamento y dan media vuelta, lanzando una bengala de señalización para disuadir a cualquier posible perseguidor. Al cabo de unas horas, llegan de nuevo a las casas colectivas del río *H^waxima u*. Sintiéndose más seguros allí, deciden pasar la noche en ellas. Al día siguiente amontonan todos los objetos dejados por los yanomamis, entre ellos unas quince ollas de aluminio. Los ametrallan y los destrozan luego a machetazos. A continuación, prenden fuego a las dos viviendas y regresan a los barracones de sus yacimientos mineros. Pasan varias semanas sin que se filtre fuera de la selva información alguna sobre su crimen. Sin embargo, a mediados de agosto, los criminales escuchan de repente hablar en la radio acerca de la masacre que han perpetrado. Inmediatamente deciden huir de la zona. Alcanzan una pista de aterrizaje clandestina situada a pocos días de distancia. Allí amenazan con matar a cualquiera que los denuncie y obligan a los pilotos de monomotores allí presentes a llevarlos a Boa Vista. Tras llegar a esta ciudad, la mayoría de los asesinos se dispersaron lo más rápidamente posible a lo largo y ancho del país.

Las cremaciones

En el mismo momento en que cesa el ametrallamiento de los refugios, uno de los tres jóvenes guerreros supervivientes corre hacia el grupo de mujeres que recogen frutos silvestres en la selva y les insta a esconderse.

Luego regresa rápidamente al ensangrentado campamento, buscando en vano su escopeta de caza. Renunciando a perseguir a los asesinos, se une a las mujeres y envía a algunas de ellas a *Makayu* para anunciar la tragedia. Tres jóvenes aterrorizadas llegan allí en pocas horas, forzando la marcha. Llorando, describen el horror del lugar que acaban de abandonar, sembrado de cadáveres de mujeres y niños mutilados con machetes y cuchillos.

Los hombres de la comunidad, ebrios de dolor y rabia, se precipitan a los refugios del campamento ensangrentado, a los que arriban al anochecer. Se reúnen allí con los supervivientes de la masacre, pero el olor a sangre es tan insoportable que tienen que montar un nuevo establecimiento a media hora de camino. La oscuridad les obliga a posponer la cremación de los cadáveres hasta el día siguiente. La noche se desgarrá entonces con los lamentos fúnebres, los gritos de terror y las arengas furiosas de los líderes del grupo. Al amanecer empiezan a recoger los cuerpos mutilados. De repente, la niña de diez años con una grave herida en el cráneo sale de la vegetación donde se había refugiado, gritando aterrorizada. Su madre corre hacia ella con gritos desesperados. Comienzan las cremaciones funerarias. Cada uno de los cuerpos es colocado en posición fetal en una pira improvisada con trozos de ramas de árboles caídos cercanos. Los cadáveres de los adultos son quemados en el suelo del campamento en el que fueron asesinados; los de los niños son trasladados al claro donde el grupo pasó la noche.

Tan pronto como las piras funerarias terminan de arder, se retiran los huesos calcinados aún ardiendo y son guardados apresuradamente en cestas o en ollas de aluminio. Todos están convencidos de que los buscadores de oro volverán a atacar en cualquier momento para acabar de una vez por todas con los supervivientes del grupo. Sin embargo, ni siquiera esta amenaza puede disuadirlos de llevarse los huesos de sus muertos en su huida. Las cenizas funerarias son el bien máspreciado que poseen los yanomamis: quedan bajo el cuidado de las mujeres, que las mantienen constantemente cerca del fuego o las mantienen consigo cuando viajan. Pero la urgencia es tan apremiante que innumerables fragmentos de huesos, acribillados a perdigones o fracturados a balazos, quedan olvidados en los fuegos de cremación.

Solo el cadáver desmembrado de la joven visitante de *Hoomoxi*, que no tiene parientes entre la gente de *H^waxima u*, queda en el lugar sin ser cremado. La calabaza funeraria de uno de los primeros cuatro jóvenes asesinados por los *garimpeiros* en el alto Orinoco, se rompió durante el ataque al campamento. Su madre intenta recoger las cenizas derramadas y envolverlas en hojas de plátano. En su prisa por escapar, perderá varios de estos bultos en la selva.

El éxodo

Comienza entonces un éxodo de varias semanas, durante las cuales el grupo perseguido se desplazará fuera de los caminos, a menudo de noche y sin comer, llevando a las tres niñas heridas. Al final de los primeros ocho días, los fugitivos se detienen para pasar la noche en una comunidad amiga, *Thomokoxipi u*. La niña de diez años que resultó herida en la cabeza muere allí poco antes del amanecer. Sus afligidos padres cargarán su cadáver durante todo el día siguiente a un nuevo campamento donde podrá ser incinerado. Después continúa la huida por la selva, sin tregua, durante más de quince días. El grupo cruza la red de caminos de otras dos comunidades, *Waraka u* y *Ayaopë*, pero ni siquiera hay tiempo para detenerse allí. Solo harán una parada de descanso después de cruzar el Orinoco, rumbo al sur, hasta una cuarta casa, *Maamapi*.

Los habitantes del río *H^waxima u* se encuentran entonces cerca de la frontera con Brasil, que cruzarán para descender por el curso del río Toototobi (estado de Amazonas). Finalmente llegan al emplazamiento de una nueva vivienda colectiva, conocida como «de Marcos», donde deciden refugiarse. Es el 24 de agosto de 1993. Ha pasado casi un mes desde la masacre. Los sesenta y nueve sobrevivientes de la comunidad eligieron esta región de Brasil por tres razones: todavía está libre de buscadores de oro, sus habitantes son aliados desde hace mucho tiempo y hay un centro de salud que han visitado en varias ocasiones desde fines de la década de 1980 necesitados de tratamiento para la malaria propagada por los *garimpeiros*. En cuanto pararon en las

casas de *Thomokoxipi u* y *Maamapi*, y después cuando llegaron a la «de Marcos», los sobrevivientes de la masacre comenzaron a machacar los huesos calcinados que se habían llevado en su huida y a llenar calabazas cinerarias que guardaban en pequeñas cestas caladas. Su objetivo ahora es organizar, con la ayuda de los aliados que los acogieron en Brasil, grandes ceremonias fúnebres intercomunitarias para llorar a sus familiares muertos. Los amigos enterrarán las cenizas de los adultos cerca del hogar de sus seres queridos e ingerirán las de los niños con carato de plátano. Luego se quemarán por turno las calabazas y los cestos que las contienen. Todo lo que quede de la existencia física y social de los fallecidos debe ser destruido o borrado: sus bienes, sus huellas, el uso de su nombre y las cenizas de sus huesos. Este trabajo ritual tiene por objeto impedir cualquier deseo de los espectros de retornar desde la «espalda del cielo» y constituye un esfuerzo, siempre precario, para garantizar la separación entre el mundo de los muertos y el de los vivos. Termina, como los lamentos fúnebres que proclaman la nostalgia de los difuntos y ensalzan sus virtudes, únicamente cuando sus cenizas, enterradas o ingeridas, han desaparecido, «puestas en olvido».

Todo esto explica por qué los habitantes de *H^waxima u*, aunque expuestos a los peligros más extremos y aterrorizados por la violencia desenfadada de los buscadores de oro, han antepuesto siempre la realización de sus ritos funerarios a su propia seguridad. De no hacerlo, habrían condenado a los espectros de sus seres queridos a vagar entre dos mundos y a los vivos a sufrir los dolores de una melancolía infinita mucho peor que la propia muerte. Ahora intentan reconstruir sus vidas, devastadas por el salvajismo inaudito de los *garimpeiros*. Se están preparando para construir una nueva casa colectiva y abrir nuevos conucos. Durante gran parte del próximo año, sus vidas seguirán girando en torno a las ceremonias fúnebres que organizan para llorar a sus familiares asesinados o a los que han fallecido recientemente de malaria. Su inmenso luto solo terminará cuando desaparezca el contenido de la última calabaza cineraria. La vida podrá entonces reanudar su curso normal. Sin embargo, nunca olvidarán que los blancos son capaces de masacrar a mujeres y niños con una barbarie sanguinaria que antes

creían que solo era posible en espíritus caníbales. Han renunciado a vengarse de los buscadores de oro. Lo habrían hecho si hubieran seguido considerándolos como dignos enemigos, como seres humanos que comparten un código ritual común de honor guerrero. Esto ya no es así. Ahora solo esperan una cosa: que estos seres maléficos queden cautivos en las ciudades de las que proceden y que nunca se les permita volver a la selva.

Sin embargo, esta esperanza acabará por desvanecerse y los habitantes de *H^waxima u* han vuelto actualmente al alto Orinoco, donde ya no esperan nada de los blancos. Después de la bárbara masacre de la que fueron víctimas, veintitrés buscadores de oro fueron acusados expresamente, con pruebas que lo respaldaban. No fue hasta diciembre de 1996 cuando cinco de ellos fueron finalmente juzgados —y condenados a un total de 98 años de prisión— sin que ninguno fuera encarcelado. Solo dos de los autores fueron finalmente encarcelados tras la sentencia. Sin embargo, la masacre de Hashimu fue considerada y juzgada como un intento de genocidio, hecho inédito en la historia jurídica brasileña para una masacre de indígenas.

¹ «Hashimu» es una transliteración del topónimo yanomami *H^waxima u*, el «Río del gran tinamú». Los «habitantes de *H^waxima u*», un grupo local de las fuentes del Orinoco, contaban antes de la masacre con 85 habitantes divididos en dos casas colectivas.

	Javier Puunawe	3	S/T 2023 Acrílico sobre tela 186 x 140 cm
1	Hapoka 2 S/F Barro cocido 23 x 26 x 26 cm	4	Warihami 2023 Acrílico sobre tela 186 x 140 cm
	Hapoka 10 S/F Barro cocido 19 x 20 x 20 cm		Pebio González Silva
	Hapoka 12 S/F Barro cocido 22 x 22 x 22 cm	5	Conjunto de dibujos (Hashimu) 2013 - 2017 Creyón y tinta sobre papel 21.5 x 28 cm
	Hapoka 5 S/F Barro cocido 19 x 19 x 20 cm		Ana María Mazzei
	Hapoka 15 S/F Barro cocido 21 x 21 x 21 cm	6	Ewaipanoma - Yanomami 1996 Serigrafía 57 x 33 x 33 cm
	Sheroanawe Hakihiiwe	7	Huuhami mohi 2023 Acrílico sobre tela 186 x 140 cm
2	Mahei 2023 Acrílico sobre tela 186 x 140 cm		

Lucía Vera

8 Selva adentro 2
2022
Óleo sobre lienzo
100 x 80 cm

9 Selva adentro 1
2022
Óleo sobre lienzo
100 x 80 cm

10 Selva adentro 5
2022
Óleo sobre lienzo
100 x 80 cm

Nelly Sheimi

11 Conjunto de dibujos
2023
Acrílico sobre papel de
caña reciclado
25 x 35 cm

Carol Cazares Defaz

12 Puhi toprao (Estar feliz)
2018
Cortometraje
24' 54"

Oscar Noya

13 Pe puhi Koyowe
2013
Impresión sobre vinilo
28 x 38 cm

Fiesta en Yarakasipiu
2023
Impresión sobre vinilo
28 x 38 cm

Werehi shinaki
2023
Impresión sobre vinilo
28 x 38 cm

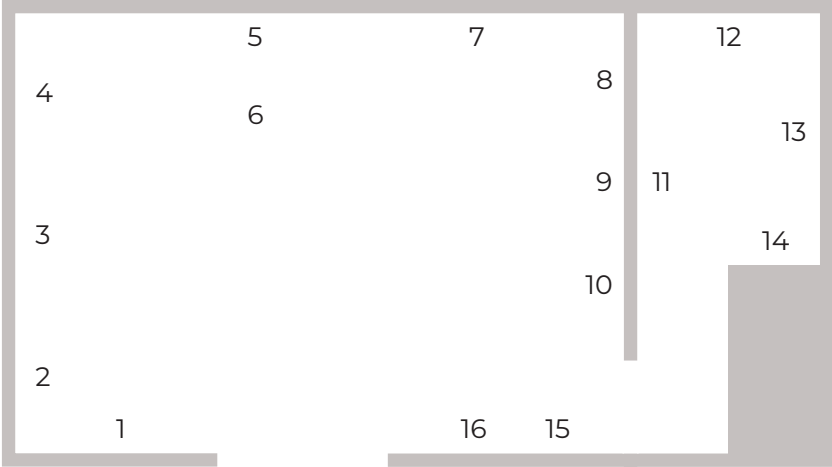
Shaman Shamakorona
2017
Impresión sobre vinilo
84 x 80 cm

Luis Romero

14 Hekura
2016
Pintura en aerosol y collage
66 x 50 cm

Sheroanawe Hakihiwe +
Deya Yakirahiwe

- 15 Ishima (Calabaza / Tapara)
2021
Acrílico sobre papel de fibra
de Nepal
97 x 64 cm
- 16 Ishima (Calabaza / Tapara)
2021
Acrílico sobre papel de fibra
de Nepal
97 x 64 cm



Esta exposición ha sido impulsada desde el Programa de Promoción de los Derechos Indígenas de la Amazonía venezolana 'Wayamoutheri' por: Luis Jesús Bello + Aimé Tillett



Asimismo cuenta con el apoyo de las siguientes instituciones



HUMAN RIGHTS CLINIC
THE UNIVERSITY of TEXAS SCHOOL of LAW

UCAB

CENTRO DE DERECHOS HUMANOS

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todos los artistas, personas y organizaciones que hicieron posible esta exposición, y a todos aquellos que luchan por los derechos de los pueblos indígenas, en especial, de los Yanomami.

HASHIMU. A TREINTA AÑOS DE LA MASACRE

colectiva | 01.10.2023 - 22.12.2023

exposición n°78 | texto: bruce albert

curaduría: luis romero

montaje: luis romero + gabriel martínez

asistencia de montaje: germán cantillo + eduard cantillo +

tabata romero + ara koshiro

esta exposición ha sido impulsada desde el programa de
promoción de los derechos indígenas de la amazonía
venezolana 'wayamoutheri' por: luis jesús bello + aimé tillett

abra

directores: melina fernández temes + luis romero

coordinador: gabriel martínez

asistente de sala: ara koshiro

colecciones + relaciones institucionales: oriana hernández

redes sociales + diseño: valentina mora

asistente de comunicaciones: eloísa arias peña

asistente de registro: francisco cáceres

g6+g9 centro de arte los galpones

av. ávila con 8va transversal, los chorros

caracas 1071, venezuela

0424 1661939 + abracaracas@gmail.com

www.abracaracas.com + @abracaracas